

EL RENACIMIENTO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA*

Oswaldo Sunkel

(Chile)

Para quien disfruta el ejercicio de la profesión de economista con pasión vital, como es mi propio caso, representa una gran satisfacción tener una oportunidad como ésta para tratar de transmitir ese entusiasmo a quienes inician una nueva etapa de perfeccionamiento en dicha profesión. Deseo expresar mi gratitud muy profunda y sincera al Consejo Nacional de Economía. Me habéis honrado inmerecidamente al ofrecerme la palabra en esta ocasión solemne. Aprovecho la ocasión, precisamente por ser solemne, para felicitaros por este valiosísimo Curso de Análisis Económico que hoy se inaugura. Su realización, año tras año, constituye un aporte de indudable prestigio a la enseñanza de la economía en el Brasil.

La función primordial de un Aula Inaugural me parece ser la de despertar el apetito de los alumnos por los temas que constituirán su programa de estudios. No creo que haya mejor manera de estimular ese apetito que la incitación a la controversia. Por ello me ha parecido oportuno traer ante ustedes en esta ocasión una tesis cuya validez podrá parecer dudosa a algunos y cuyas implicaciones no serán del agrado de todos. Se trata, en síntesis, de lo siguiente: estoy convencido de que está ocurriendo una profunda transformación en la manera de concebir la economía y las funciones del economista. Observo, en efecto, un renacimiento de la concepción clásica de la Economía Política, contrastando con la concepción neoclásica, que prevalece todavía ampliamente, de la Economía a secas.

Voy a tratar de explicar la importancia y significación que le atribuyo a ese renacimiento de la Economía Política, y procuraré dar mis razones de por qué creo que esa evolución es profundamente positiva para el progreso de la economía como ciencia y como instrumento de acción. Espero que mi exposición les permita vislumbrar las oportunidades apasionantes que tal transformación encierra para todos los economistas que quieran percibirla.

Estamos viviendo una era de progreso tecnológico espectacular. Acaba de cumplirse la primera década y media de la Era Nuclear. No hace aún tres años desde que se colocó en órbita el primer satélite artificial de la tierra, y la aventura sideral ya está en vísperas de enviar al hombre hacia otros planetas. Sin embargo, creo que el carácter espectacular de estas conquistas científicas nos ha deslumbrado y nos impide ver otros fenómenos, éstos de orden social, menos llamativos pero de mayor trascendencia histórica, y que se encuentran actualmente en pleno desarrollo. Me

* Aula Inaugural del Curso de Análisis Económico del Consejo Nacional de Economía, dictada el 23 de marzo de 1961 en Río de Janeiro, Brasil.

refiero a los esfuerzos del hombre por controlar no sólo el medio físico sino también el medio *social* dentro del cual se desenvuelve.

Los siglos pasados ya han presenciado transformaciones tecnológicas de significación seguramente mayor que las actuales, si se las mira en relación a su respectivo grado de civilización. Basta imaginarse el impacto del descubrimiento del fuego y de la rueda sobre civilizaciones que carecían de ambos; o el descubrimiento de una mitad del globo terráqueo, hace apenas cuatro siglos y medio, ante el espanto incrédulo de las poblaciones de ambas mitades. La historia de la humanidad registra hechos como éstos, y otros de naturaleza más estrictamente científica, en la medida en que dan lugar a transformaciones profundas en el orden social. También cuando alteran el pensamiento político, pues éste, a su vez, orienta la realización de tales modificaciones en el cuerpo de la sociedad.

Por esta razón tal vez no serán únicamente las hazañas científicas las que caracterizen nuestro siglo xx, sino también esa nueva conciencia que comienza a prevalecer en el mundo de que se puede actuar sobre el medio social y económico para modificarlo y extirpar sus lacras. Cada vez es mayor el convencimiento de que las condiciones de vida de la humanidad son susceptibles de alterarse, de que la miseria no es una situación inevitable. Esa nueva convicción de que la sociedad puede modificar su marco económico —confirmada por diversas experiencias recientes— constituye a mi modo de ver el rasgo esencial de nuestra época, rasgo tan marcado que caracterizará al nuestro como un periodo propio y diferente de la historia social.

El origen de esta concepción se remonta a épocas relativamente recientes, cuando la ciencia, que había limitado sus campos de investigación al hombre y al medio físico que lo sostiene, se comenzó a interesar por el medio humano del individuo, es decir, por el grupo social a que pertenece. Se comenzó a percibir entonces que las sociedades constituyen sistemas u organismos con características y leyes de conducta propias, aplicables al conjunto de individuos pero no necesariamente a cada individuo en sí. El desarrollo de las ciencias sociales, que abarcan todo este vasto campo, contribuyó sin duda en proporción significativa para producir ese trascendental cambio de la conciencia social de la humanidad.

Ha existido hasta épocas muy recientes —y aún existe— una pertinaz indiferencia por esta rama de las ciencias, producto a su vez de una exacerbación de la importancia de las ciencias naturales y físicas. Nada más natural que esta deformación. El hombre pensó siempre, pues era en el hombre-individuo en quien pensaba, que el papel de la ciencia era conocer la verdad acerca del medio físico en que el individuo florecía. No se percibió, por mucho tiempo, que el hombre no tiene sentido como existencia aislada y que el medio social constituye un campo legítimo de interés científico. El conocimiento científico del medio natural y físico bastaba,

pues permitiría ir obteniendo para el individuo las mejores condiciones materiales de vida posibles.

A través del esfuerzo acumulado de siglos de investigación y estudio, el conocimiento —y por ende el dominio— del mundo físico, natural y biológico ha llegado, en efecto, a cumbres insospechadas. El hombre ha desarrollado a tal extremo sus capacidades que podría satisfacer con creces todas sus necesidades fundamentales y secundarias. Como lo ha mostrado Galbraith, en las sociedades opulentas puede llegar al punto de inventarse nuevas necesidades, más o menos superfluas, para darse luego el placer de satisfacerlas con igual holgura.¹ El conocimiento científico ha llegado así a un punto en que el hombre moderno parece potencialmente capacitado para independizarse de la tiranía de la naturaleza, a tal extremo, paradójicamente, que hasta puede proceder al exterminio de su propia especie.

En sus formas más concretas, esta situación puede apreciarse por la forma en que cada profesional, en su limitado campo de acción, aporta su contribución al perfeccionamiento de la vida del individuo. El médico, individualmente, aplacando el dolor, curando y previniendo enfermedades y, en definitiva, salvando vidas humanas. Colectivamente, a través del mejoramiento de las condiciones de higiene, de los servicios de salubridad y de previsión social, consiguiendo progresos espectaculares en todos los índices de morbilidad, mortalidad general e infantil, expectativa media de vida, etc.

En forma similar, el educador también ha venido perfeccionando los sistemas de enseñanza con el fin de desarrollar los talentos y aptitudes de la juventud y capacitarla para la lucha por la vida. El ingeniero, el físico y el químico industrial, construyendo obras cada vez más perfectas y montando fábricas cada vez más complejas y automáticas, contribuye poderosamente a aliviar el esfuerzo humano domesticando la energía inanimada y elevando así notablemente la capacidad productiva de cada individuo. Cuando la obra de estos misioneros de la ciencia se observa desde el punto de vista individual —como siempre se ha hecho— sus realizaciones aparecen formidables. Es obvia, además, la contribución que resulta para la economía nacional: una población con mayor capacidad de trabajo, más inteligente y mejor preparada, más eficiente y productiva en suma.

Pero, ¿qué resulta si en vez de enfocar el tema desde el punto de vista individual se lo coloca en una perspectiva social? Vemos en primer lugar que menos de una cuarta parte de la población mundial disfruta de las condiciones de vida que la tecnología moderna permite. Vemos que en el resto del mundo los exitosos esfuerzos para reducir la tasa de mortalidad han dado como resultado una dramática aceleración en el crecimiento demográfico. Vemos espantados que estas generaciones adicionales, al no

¹ John K. Galbraith, *The Affluent Society*.

encontrar condiciones económicas propicias, se apiñan en la más vil miseria, pasando por el purgatorio antes de morir.

Los esfuerzos para extender y democratizar la educación, por otro lado, llevan al mercado de trabajo generaciones cada vez más numerosas. Pero ante la insuficiencia de oportunidades adecuadas de ocupación, se frustran las ambiciones y esperanzas de proporciones cada vez mayores de jóvenes, jóvenes desilusionados que antes de llegar a adultos ya son ancianos.

Los esfuerzos de químicos, físicos y otros científicos para mejorar la productividad del individuo a través de miles de ingeniosas innovaciones tecnológicas, significan simultáneamente que un número cada vez más reducido de hombres son necesarios para un volumen de producción cada vez mayor. En otras palabras, los aumentos de productividad reducen las oportunidades de empleo que aquellas generaciones adicionales, producto de la aceleración demográfica y la ampliación de las oportunidades educacionales, necesitan desesperadamente.

Pero ya se estarán preguntando ustedes a esta hora, extrañados, qué tiene que ver todo esto con el renacimiento de la Economía Política. Es que es a la Economía Política, señores, y a las ciencias sociales en general, a quien corresponde el análisis de los conflictos de esta clase, conflictos cuya solución escapa enteramente al ámbito del individuo, no pudiendo encontrarse sino en el ámbito del sistema u organismo social. El problema del excedente poblacional, por ejemplo, si se persiste en enfocarlo desde el punto de vista individual, lleva a soluciones que van desde el control de la natalidad hasta la eugenesia y a otras formas aún más monstruosas de exterminio humano. Esto ante la certeza de que son casi infinitas las posibilidades técnicas de producción de alimentos y otras materias necesarias a la vida. Igualmente regresivas son las soluciones que el enfoque individualista puede ofrecer en el caso del problema educacional y en el del dilema de la productividad.

¿De qué depende entonces que se pueda encontrar una solución socialmente aceptable para encarar los efectos negativos del progreso científico? No negándolo, desde luego, sino orientando el funcionamiento del sistema económico de tal manera, que el horizonte maravilloso abierto por el progreso científico se convierta de hecho en una realidad para todos. Es preciso, en efecto, dar a esas nuevas generaciones las oportunidades de vida que la sociedad se comprometió tácitamente a concederle cuando preservó su vida. Para cumplir su promesa, la sociedad no tiene otro camino que el de su propia transformación; tiene que irse adaptando a las nuevas condiciones que ella propia va creando.

Ahora bien, para encontrar este tipo de preocupaciones en la teoría económica —preocupaciones respecto de las condiciones económicas fundamentales en que se asienta el funcionamiento satisfactorio de una comunidad— debemos retroceder más de un siglo en la historia del pensa-

miento económico. El concepto de Economía Política —que hacia esas preocupaciones se orienta— tuvo su origen durante el periodo mercantilista. Entonces —como ahora— aunque con propósitos diversos, se consideraba responsabilidad del Estado ejercer una amplia influencia sobre la economía nacional. La formulación académica de doctrinas y sistemas de Economía Política, sin embargo, es básicamente el producto de los clásicos, particularmente Smith y Ricardo, considerados generalmente los padres de la economía científica. Las características distintivas de la obra de estos autores es la forma coherente en que consiguieron interpretar el funcionamiento del sistema económico capitalista que había llegado a formarse en la Inglaterra de fines del siglo xvii. Para ello tuvieron que explicar su formación histórica en ese tiempo y lugar, y —en el caso de Ricardo y después de Marx— procuraron descubrir las tendencias evolutivas inherentes en el sistema. Por la forma en que concibieron su investigación, tuvieron que reconocer explícitamente que la realidad social e histórica presenta leyes de evolución propias que es posible descubrir. Colocaron a la economía de este modo, y desde muy temprano, dentro del marco de las futuras ciencias sociales.

Los clásicos y su concepción de la Economía Política fueron perdiendo influencia durante el siglo pasado, con la sola excepción del sistema marxista, que puede considerarse un auténtico producto del clasicismo. Al aparecer en escena la teoría de la utilidad marginal —que se venía insinuando hace décadas pero que sólo consigue un papel protagonista en la del 1870— surge una nueva escuela, que llamaremos neoclásica. La teoría subjetiva del valor, piedra angular del neoclasicismo, implica necesariamente una visión atomística y estática de la sociedad. De hecho, no hay tal sociedad, sino simplemente una aglomeración de individuos. He aquí el contraste fundamental con la escuela clásica, el contraste que llevó al abandono del concepto de Economía Política, que a su vez implicaba el de ciencia social. Obsérvese de paso, porque es muy interesante, que se trata de una transformación en el *método* del análisis económico, y que dicho cambio no tiene ninguna relación directa con la filosofía política librecambista que tanto los clásicos —excepto Marx por supuesto— como los neoclásicos defendían con ardor.

En virtud de la forma en que el economista neoclásico concibe su tarea, es decir, la explicación estática y ahistórica del proceso del intercambio y de la formación de los precios, los elementos significativos de la Economía pasan a ser aquellos que explican el comportamiento de las unidades económicas —consumidores y productores— en el mercado. Para poder estudiar estas conductas individuales, fue necesario suponer ciertos principios racionales de acción humana en la esfera económica y suponer que los mercados poseen ciertas características que permiten la libre expresión de esas acciones racionales de los individuos.

El economista clásico, en cambio, buscaba explicarse el proceso histórico del sistema económico como un todo. Procuraba descubrir en qué forma una sociedad —determinada en el tiempo y en el espacio— organizaba su estructura económica para producir los bienes y servicios que su sustento requería, y cómo procedía a modificar esa estructura en función de los problemas que encontraba en su evolución. Este enfoque, aparte de social e histórico, era también esencialmente dinámico, ya que la realidad histórica también lo es.

La escuela neoclásica pasó a dominar casi completamente el campo académico, cuando menos el anglosajón, hasta la aparición de la *Teoría general* de Lord Keynes, en 1937. La gran crisis mundial de 1930, en efecto, llama nuevamente la atención hacia ciertos problemas sociales apremiantes, como el de la desocupación en gran escala, y Keynes tiene el mérito de haber reorientado el análisis económico hacia la consideración de los problemas económicos de la sociedad como un todo.

Aunque la crisis dramatizó la importancia de la obra de este autor, ya venía insistiéndose desde antes, y el movimiento adquirió mayor fuerza y consistencia después, en la necesidad de hacer recaer sobre el Estado, como agente activo de la sociedad que es, la responsabilidad de proporcionar al individuo una base elemental de bienestar material. Así, el Estado moderno garantiza al individuo un mínimo de condiciones económicas: una oportunidad de empleo (o en su defecto un subsidio de desempleo) y un nivel mínimo de condiciones de vida, de habitación, de educación, de atención médica, etc. Para poder satisfacer estas necesidades elementales del individuo, la sociedad tiene que producir los bienes y servicios correspondientes, es decir, tiene que lograr que su sistema productivo alcance una productividad tal que garantice trabajo y condiciones de vida aceptables a sus miembros. Ello implica que existe una responsabilidad de parte del Estado para organizar y orientar el sistema económico de tal manera que se consiga satisfacer aquellas condiciones mínimas. Pero no se olvide que la población se multiplica a pesar de nosotros mismos, y que además la propia sociedad es responsable de haber acelerado el crecimiento demográfico. Por consiguiente, la sociedad es responsable también de organizar un sistema económico *dinámico*. No basta con satisfacer las necesidades de la población existente, es preciso también atender razonablemente las necesidades de una población en perpetuo crecimiento. Ésta es, pues, señores, la tarea legítima del economista, definir la política económica apropiada para que la sociedad responda adecuadamente a dichas responsabilidades.

A aquellos estudiosos de la economía que se están formando o especializando ahora les auguro en consecuencia una vida profesional fascinante, plena de desafíos. En virtud de razones y causas que por demasiado conocidas no conviene repetir aquí, la conciencia de la humanidad

ha despertado de un letargo secular ante el problema de la miseria y estancamiento en que viven tres cuartas partes de la población mundial. Ante el impacto material y emocional de esa percepción, el economista ha sido rescatado de la torre de marfil en que estuvo aislado por más de medio siglo y ha vuelto a ser llamado a lo que propiamente le corresponde como función social: aportar sus conocimientos especializados para promover la mejor utilización de los escasos recursos de la comunidad, para proponer políticas que permitan acrecentar esos recursos con la mayor rapidez posible y finalmente, aunque no menos importante, para suministrar fórmulas que permitan una mejor distribución de la renta y la riqueza.

En el Brasil, como en otros países latinoamericanos, ya hemos comenzado a presenciar este fenómeno durante los últimos años. En tal intensidad, en efecto, que han sido necesarios diversos programas de emergencia para la formación y especialización de los economistas que un Estado con nuevas funciones económicas está exigiendo.

Pero no es sólo la tarea apasionante del análisis y formulación de la política económica la que está abierta a ustedes. Hay también una sustancial tarea de investigación y reformulación que cumplir en el propio ambiente académico, a la luz de las exigencias de una realidad económica y social nuestra y actual. No se trata, evidentemente, de rechazar el legado magnífico que las diferentes escuelas de pensamiento económico nos han dejado. Pero no se trata tampoco de absorber esa herencia como una verdad final y sagrada, sino como un instrumento de análisis, sujeto a las modificaciones y correcciones que aconseje la realidad social a que se pretende aplicar. Son pertinentes, en este sentido, las sabias palabras de ese gran maestro, Joseph A. Schumpeter: "... cualquier libro de texto que pretende describir *el estado actual de la ciencia*, describe en realidad métodos, problemas y resultados que están condicionados históricamente y sólo tienen sentido dentro del contexto histórico que les dio origen".²

Parece obvio y evidente que son diferentes de las nuestras las condiciones históricas dentro de las cuales nacieron esas concepciones que hoy recibimos como herencia. Pero no lo es tanto, y de ahí la necesidad de la investigación empírica para comprender claramente esas condiciones de antes y de ahora, de allá y acá. Sólo después de cumplir esa tarea será posible la reinterpretación de lo que nos fue legado por los grandes economistas del pasado y por algunos contemporáneos. Y sólo entonces podremos cumplir en forma apropiada aquellas tareas prácticas de análisis y formulación de las políticas económicas más adecuadas para el presente y el futuro de nuestros países.

La verdad, señores, es que la economía, cual nuevo personaje pirandelliano, estuvo por décadas y décadas vagando frustrada en busca de su tema. A tal extremo que, como lo ha expresado recientemente con singu-

2 Joseph A. Schumpeter: *History of Economic Analysis*, Nueva York, 1954, p. 4.

lar franqueza el destacado economista Víctor L. Urquidí: "La situación en que se encuentra la Economía en su aspecto teórico merece una crítica más insistente, de la que no puede librarse ninguna escuela, ni aun la marxista. Gran parte de lo que se expone y enseña en cuanto economía teórica, en cualquier parte del mundo, carece casi de todo sentido, cuando no es lucubración inútil por su falta de relación con la realidad. Se elaboran, sostienen y repiten teorías y teoremas que en su origen no fueran sino justificaciones de una política económica determinada o de un ideal jamás cumplido. Sin embargo, esas teorías se siguen proclamando como si fueran verdades científicas. Los libros de texto, los tratados sobre Economía y los artículos doctos han sido emponzoñados por una pseudociencia económica que el más débil sentido de responsabilidad hacia la sociedad obligaría a descartar por superflua."³

Afortunadamente, la reacción ante tal estado de cosas ya se hace sentir, y ello es básicamente la consecuencia de que la Economía ha comenzado nuevamente a preocuparse de los problemas sociales que interesan a la humanidad y que en realidad le son propios. El tema que la sociedad contemporánea ha encontrado para dar nueva vitalidad y realismo al estudio de la economía, y una saludable orientación pragmática al trabajo del economista, ha sido el desarrollo económico. No creo que esta afirmación exija mayor prueba. Para quien quiera ver al mundo como es, será notoria la afinidad de objetivos económicos de los diversos sistemas políticos y las diversas naciones y regiones, aun las más avanzadas. El mejoramiento del bienestar material, concebido hoy como la base inevitable de toda comunidad, constituye la meta primordial de todo gobierno. Aquel que no logre resolver ese problema económico elemental no está en condiciones de sobrevivir por mucho tiempo. Esto es particularmente cierto para aquellas regiones del globo en las cuales los sistemas económicos prevalecientes no han logrado dar a la inmensa mayoría de la población ni siquiera lo suficiente para satisfacer sus necesidades más apremiantes, sobre todo porque, paradójicamente, en ese mismo medio florecen algunas de las mayores fortunas individuales.

Como resultado de esta nueva concepción, que entrega al Estado la responsabilidad por el bienestar material del pueblo, la economía ha sido restituida al sitio de la ciencia política y administrativa fundamental. El retorno a la concepción global del problema económico —gracias al pensamiento keynesiano primero y a la colocación del desarrollo económico como tema central del análisis económico después— significa, de hecho, que estamos presenciando el renacimiento de la Economía Política. Y esto tiene un significado para el pensamiento económico actual que no se nos debe escapar. Permitidme citar a este respecto a Knut

³ Víctor L. Urquidí: *La responsabilidad de la economía y del economista*. EL TRIMESTRE ECONÓMICO, núm. 109, México, 1961, p. 3.

Wicksell, uno de los economistas de mayor estatura de fines del siglo pasado, y que ya en 1901 escribía estas incisivas palabras: “Tan pronto comenzamos a apreciar seriamente los fenómenos económicos *como un todo* y a buscar las condiciones para el bienestar del *conjunto* de la comunidad, emergen necesariamente las consideraciones sobre los intereses de las clases obreras: de ahí a la proclamación de la igualdad de derechos para todos hay apenas un breve paso.”

“El propio concepto de economía política, en consecuencia, o la existencia de una ciencia con ese nombre, implica, *strictu sensu*, un programa profundamente revolucionario. No es sorprendente que el concepto sea vago, pues ello ocurre con frecuencia con los programas revolucionarios. De hecho muchos problemas prácticos y teóricos deberán ser resueltos antes de que los objetivos del desarrollo económico y social se puedan considerar perfectamente comprendidos. Todavía puede defenderse el antiguo punto de vista individualista, pero que se presente entonces con claridad y sin prevaricación. Si, por ejemplo, concebimos a la clase obrera como individuos de una especie inferior, o si, sin ir a esos extremos, consideramos que todavía no están preparados para participar plenamente en el producto social, entonces tenemos la obligación de decirlo sin eufemismos y asentar nuestros razonamientos explícitamente sobre esa opinión. Hay una sola cosa para la cual no se puede usar a la ciencia —ocultar o pervertir la verdad; es decir, en este caso, adoptar la actitud de que esas clases ya han recibido todo lo que razonablemente podían esperar o desear, o bien adoptar las inaceptables actitudes optimistas de quienes pregonan que el desarrollo económico, por sí mismo, tiende hacia la mayor satisfacción posible de todos.”⁴

La tradición clásica de la Economía Política persistió de hecho en todos los economistas de verdadera estatura. Es el caso, desde luego, de Alfred Marshall, si bien que hoy en día su obra sea invocada generalmente en nombre del neoclasicismo. En la Introducción a sus célebres *Principios*, enfoca en efecto un problema bastante similar al que nos ha preocupado en esta ocasión. Observando el notable desarrollo de la economía inglesa de fines del siglo pasado, y el progreso tecnológico que lo acompañó, Marshall pregunta por qué no sería posible dar a toda la población condiciones tales, que cada individuo pueda comenzar su existencia con las mismas oportunidades de llegar a disfrutar una vida culta y civilizada, libre de las amenazas de la miseria y el estancamiento. Aunque la respuesta a esta cuestión trascendental se encuentra en parte en elementos que dependen de factores morales y políticos, Marshall afirma también que esa respuesta depende en gran medida de hechos e interpretaciones que caben legítimamente dentro de la provincia del economista. Es esto,

⁴ Knut Wicksell: *Lectures on Political Economy*, Londres, 1949 (5ª ed.), p. 4.

justamente, lo que otorga al estudio de la economía, para Marshall, su principal y más elevado interés.⁵

Hemos vuelto ahora, en virtud de los problemas de nuestra generación a una economía con ese sentido social profundo y vital. Estamos dejando de lado la economía de la frustración, la economía como juego de salón sin otro propósito que ejercitar la brillantez del diálogo en una fulgurante esgrima de estocadas lógicas y citas eruditas. Hemos vuelto, en fin, a la Economía Política y creo, señores que ello debería ser motivo de regocijo para todos.

⁵ Alfred Marshall: *Principles of Economics*, Londres, 1947 (9ª ed.), pp. 3-4.